

BIBLIOTECA CASINIA

## DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE BENDICIÓN DEL CAMPO SANTO  
DE MONTERREY, EL DIA 2 DE NOVIEMBRE  
DE 1882.



**E**STA mansión de la muerte, lúgubre y terrible para el incrédulo, pierde para el cristiano sus horrores, y se convierte, con las bendiciones de la Iglesia, en morada de paz y de tranquilidad. El mismo nombre que se le ha dado desde los primeros siglos del cristianismo, nos descubre la idea dulcísima que de ella se forman los que creen en un mundo venidero y tienen fe en la remisión de los pecados por los méritos infinitos de nuestro Salvador, y en la resurrección final de toda carne. Cementerio significa lugar de reposo, lugar destinado al sueño, dormitorio en que los cuerpos de los fieles, entregados á blando y pasajero sopor, aguardan el sonido deseado de la trompeta del juicio, para romper sus ligaduras, levantarse de nuevo para no volver á dormir, y gozar del día precioso de la Eternidad, alumbrados por el Sol de Justicia que no tiene ocaso.

No en vano, pues, la Santa Madre Iglesia ha cuidado de un modo especial de los lechos mortuorios de sus hijos, y al mismo tiempo que ha mandado circundarlos con muros y rejas para evitar profanaciones que pudiéramos llamar *materiales*, ha establecido leyes para que el sueño de los que reposan en el Señor, no sea perturbado por el impuro contacto de los que en vida dejaron á Cristo por Belial y rehusaron el consorcio de los fieles.

¿Qué lugar hay en una casa más sagrado y más impenetrable al extranjero, que la alcoba en que acostumbra reposar las vírgenes inocentes, cometidas á los maternales afanes de la piadosa señora á quien pertenece la honrada mansión? ¡Con qué cuidado vela la madre el sueño de sus hijas, cómo les ablanda el lecho, y lo limpia, y lo purifica; con qué escrúpulo corre los cerrojos é impide que el menor ruido venga á perturbar á las que duermen! Si es dueña de un palacio, de todo el palacio aleja al extraño; si sólo posee una vivienda, de esa vivienda cuida; y si por ventura se encuentra de viaje en algún parador en que no pueda tener el uso exclusivo ni de una alcoba entera, hace al menos la centinela junto al pequeño lecho de que le es dado disponer.

No de otra suerte nuestra amante madre la Iglesia. En los años que sucedieron á su nacimiento, en medio de las persecuciones de los paganos, ni en vida ni en muerte gozaban sus hijos de la suficiente libertad para permanecer congregados entre sí tan sólo, y segregados de las tiendas de los pecadores. Entonces el confesor y el mártir tenían que yacer donde la crueldad de los gentiles los obligaba, y furtivas eran las lágrimas y las oraciones que se vertían en cada sepultura; habiendo veces

en que edictos especiales de Emperadores y Procónsules impedían á los cristianos vivos acercarse al lugar del reposo de sus hermanos difuntos.

En las regiones todavía vastas, en que impera el mahometismo, vemos en los caminos y á la entrada de las villas y ciudades, surgir aquí y allí conjuntos de tumbas, que conforme á la ley musulmana no se separan con cerca ni vallado del resto de las vías públicas ó de las granjas en que se erigen. Consideran los musulimes sus sepulcros suficientemente sagrados por sí solos, para que hayan menester de separación especial; y á esta usanza tienen que someterse los cristianos á quienes toca vivir ó morir en aquellas comarcas. La Iglesia entonces se contenta con bendecir en particular y con más ó menos solemnidades, con mayor ó menor secreto, según las circunstancias, cada fosa en que ha de depositarse el cadáver de alguno de sus hijos. Igual práctica ha tenido que adoptarse, por desgracia, en países que han sido católicos, y han abandonado su antigua fe.

Pero en donde la Iglesia disfruta de la plena libertad que le concediera su Divino Fundador, ¡oh, cuán augustas son las ceremonias, cuán solemnes las preces con que toma posesión del campo destinado al descanso de sus hijos, y que desde ese instante con justicia se denomina SANTO! Vais á presenciar esos ritos majestuosos; y ya desde ahora veis en el centro del nuevo cementerio la cruz sagrada, cuyos divinos brazos arrojan en derredor sombra más grata para el creyente que la del lúgubre ciprés ó sauce funéreo. No tengo, es cierto, la llave con que se abre y se cierra la puerta de hierro de este recinto, ni soy poseedor de los muros que lo forman. Pero creo

contar con otra llave más preciosa y más eficaz, que es la de vuestros corazones, y me parece que la religiosidad bien conocida de esta católica ciudad de Monterrey es la mejor muralla con que podemos circunvalar el sagrado terreno que mis manos se aprestan á bendecir.

He aquí por qué, al ser invitado por el Ilustre Cuerpo Municipal para derramar, con el agua lustral, las bendiciones de la Iglesia, sobre el nuevo campo mortuario, se llenó de gozo mi espíritu y accedí de buen grado á una invitación que honra á la ciudad y á los dignos municipales que la representan, que honra igualmente á quien, aunque indigno, es su jefe espiritual, y está puesto por Dios para velar sobre los vivos; para orar por las almas, y cuidar de los cuerpos de los fieles difuntos.

¡Católicos de Monterrey! A vuestra piedad y bien conocido espíritu de religión, encomiendo este campo sagrado. Haced que se conserve siempre digno de que en él reposen en paz los hijos amantes y amados de la Iglesia católica. La moralidad tan general entre vosotros hace que casi se ignore el nombre de suicidio, y que nadie haya caído, desde hace muchos años, herido de muerte en esos combates singulares, que el mundo apellida *lances de honor*, y la Iglesia reputa luchas de deshonor, y crímenes sin disculpa, horrorosos asesinatos. En cuanto á los pocos que entre vosotros profesan creencias distintas de la nuestra, confío en la caballerosidad de ellos mismos y de sus deudos, y espero que no querrán que sus restos descansen entre aquellos cuya compañía desecharon en vida.

Para construir ó derribar paredes de piedra, tiempo se necesita y trabajo. No así para edificar ó destruir ba-

rreras espirituales ó diques que se refieren únicamente al orden moral. Así es que las bendiciones de la Iglesia que van á pronunciar mis labios, se extienden tan sólo al terreno y al tiempo que designe la voluntad de la misma Iglesia, por mí interpretada. Sabed, pues, oh fieles, que mi intención es bendecir únicamente la tierra, virgen aún de cadáveres, contenida dentro de este recinto, aunque el agua lustral por mi mano arrojada alcance por casualidad un poco más lejos, ó bañe por ventura algún espacio menor del que intento bendecir. Sabed igualmente que las bendiciones y preces conservarán únicamente su eficacia, mientras se observen las condiciones que la Iglesia prescribe; faltando estas últimas, lo que fué campo santo no sólo será de nuevo profano, sino lo que es peor, profanado.

¡Dios aleje tan infausto día! No anticipemos acontecimientos que vuestra religiosidad me promete que tardarán mucho en sobrevenir. Preparaos, entretanto, á uniros á vuestro Pastor en la invocación de los Santos, y á rogar con él al Redentor de los hombres, que purifique, bendiga y santifique este lugar de reposo; elevad vuestros corazones y haced gracias infinitas al Creador y Restaurador del género humano, porque desde la cuna hasta el sepulcro, y aun más allá de la tumba, acompaña siempre á los desdichados mortales, suministrándoles inefables consuelos y arrojando en sus heridas bálsamo saludable.

¡Ah, sí! Verdaderamente es de estricta justicia darte en todo lugar y en todo tiempo gracias sin número, de lo íntimo del corazón, oh Padre omnipotente, oh Dios sempiterno, por medio de Jesucristo Nuestro Señor. Él

es día sin noche, luz indeficiente, claridad sempiterna. Él nos manda á cuantos tenemos la dicha de llamarnos sus discípulos, caminar de tal suerte bajo los rayos de esa luz divina, que podamos evitar las tinieblas de la eterna noche, y llegar sin tropiezo á la patria celestial. Él, en virtud de la humana naturaleza que se dignó asumir con todas nuestras miserias, lloró amargamente la muerte de su amigo Lázaro; y en fuerza de la potencia altísima de su augusta divinidad, lo volvió á la vida; y también hizo renacer á todo el género humano, sacándolo del horroroso sepulcro en que no sólo por cuatro días, sino por muchos siglos, lo habían sumergido sus pecados.

Por intercesión de este Salvador nuestro y Redentor Jesucristo, ¡oh Señor! te suplicamos rendidos, que cuantos fueren sepultados en este cementerio, sean salvos por toda la eternidad. Cuando la trompeta de los Ángeles venga á despertarlos en el último día, véanse libres de sus pecados, y penetren en las regiones de sempiterna felicidad. Formen parte de la legión gloriosa de los Santos, y con ellos se acerquen á Tí, Vida nuestra, y encuentren tu rostro benigno, misericordioso y apacible, y te alaben y glorifiquen por todos los siglos de los siglos.



## SERMÓN

SOBRE LAS SIETE PALABRAS DE JESUCRISTO EN LA CRUZ, PREDICADO  
EN LA CATEDRAL DE MONTERREY, EL VIERNES SANTO,  
26 DE MARZO DE 1883.